

Hacia una universidad extendida

Segunda parte

Propuesta de ejes de contenido para la Universidad Bolivariana

Introducción

La Universidad Bolivariana es una institución que se ha ido consolidando en el contexto muy competitivo de la educación superior chilena. El sustantivo incremento de su matrícula y el progresivo desarrollo de un proyecto académico que ha logrado convocar a un importante grupo de profesionales e intelectuales es la mejor muestra de esa consolidación. Adicionalmente se ha expandido y mejorado la infraestructura física y el equipamiento disponible, generando una visibilidad ya notoria en el sector urbano del cual formamos parte. Sin embargo, como entidad universitaria de reciente data requerirá de un tiempo largo para llegar a consolidar una presencia significativa en el espacio intelectual del país. Es posible por tanto pensar en la realización de un esfuerzo sistemático adicional al que ya se realiza en sus tareas habituales de impartir docencia a nivel de pregrado y en desarrollar incipientes tareas de investigación y de inserción sociocomunitaria. Este esfuerzo sistemático se relaciona con la construcción de la identidad de la Universidad Bolivariana. Ello tiene que ver, en primer lugar, con el discurso que la universidad ha ido construyendo. Hay allí elementos de enorme riqueza conceptual que tienen una gran validez para el mundo en que vivimos, y particularmente para el momento histórico que vive la sociedad chilena.

¿Cuáles son los derroteros por los cuáles debería transitar la Universidad Bolivariana, para llegar a ser una institución que haga un aporte real al mundo que se está constituyendo y en el cual que viviremos en el futuro?. ¿Dónde y cómo perfilar una identidad que haga posible la subsistencia institucional futura?. Desde estas preguntas quisiera aportar algunas ideas para iniciar una reflexión colectiva sobre el quehacer de nuestra universidad. Partiré inicialmente de ciertos supuestos:

En primer lugar, las universidades que lograrán sobrevivir en el mercado de la educación superior chilena serán aquellas que logren definir claramente una identidad propia y específica. En un mercado tan competitivo como el que se ha ido configurando en nuestro país, con 66 universidades, 66 institutos profesionales y 119 centros de formación técnica, esto es 251 instituciones dedicadas a ofrecer educación a nivel superior, será muy difícil la permanencia en el largo plazo. Más aún si consideramos las profundas transformaciones que el proceso de globalización (desaparición virtual de los

límites geográficos nacionales), y el desarrollo de las telecomunicaciones y la informática están produciendo en la oferta educativa.

Segundo, no es ilusorio pensar que, en el futuro, la institución educativa cambiará sustantivamente su carácter. Al igual que lo ocurrido con los procesos productivos industriales, donde la descentralización de los procesos está modificando la naturaleza del establecimiento fabril, algo similar ocurrirá con el aula. La relación profesor alumno ya no requerirá de la presencia física en el mismo espacio, bastará la comunicación inmediata que provee el chateo. Pero dicho proceso se iniciará posiblemente en las aulas universitarias. Con una velocidad impresionante estamos viendo como se ha desarrollado una creciente oferta de formación de postgrado proveniente desde el exterior, anclada en algunos soportes institucionales de carácter local.

Las universidades que no transiten rápidamente por los sitios web no subsistirán en el futuro. No obstante, para hacerlo con los niveles de creciente exigencia técnica que requerirá un "público" adiestrado y acostumbrado a exigir más y más conexión casi inmediata y velocidades cada vez mayores de bajada de información, se requerirán niveles de inversión en equipamiento y servicios (servidores, soporte técnico, renovación permanente de contenidos, etc.) que sólo serán posibles de llevar a cabo en escalas que posiblemente excederán con creces la capacidad de muchas instituciones, si es que no se prioriza estratégicamente y adecuadamente este tipo de inversión. Instituciones pequeñas como la nuestra tendrán que hacer una apuesta estratégica en este sentido. De no hacerlo, posiblemente, antes de lo que pensamos podríamos quedar fuera del mercado. Lo anterior no significa que la institución se acabe, sino que continuaremos teniendo una existencia muy marginal, y a la vez muy distante de los propósitos que nuestra misión señala.

Tercero, en razón de lo anterior parece importante hacer ciertos señalamientos respecto a los ejes de contenido que puedan ayudarnos a definir una identidad evidente, pese a las penurias y carencias que derivan de nuestra historia y la identidad que ella nos ha ido definiendo, y también de nuestra inserción particular en el mercado educacional. No debemos olvidar que nuestro alumnado es posiblemente, en términos generales, el de menor nivel socioeconómico entre las universidades chilenas. Nuestra colegiatura es una de las más bajas entre las universidades santiaguinas, con todas las secuelas que de allí derivan en términos de financiamiento y de logros académicos. Cuestiones ambas que son las necesarias de administrar y gestionar adecuadamente en el mercado de la educación superior. Explico esta idea: una universidad puede darse el lujo de recibir malos alumnos, pero con alta capacidad de pago, ya que los costos adicionales de mejorar la calidad de dicho alumnado (cursos de reforzamiento, tiempo especial dedicado a ello en la forma de propedeúticos, ayudantías, alta dedicación horaria de docentes por alumno, recursos didácticos, laboratorios, bibliotecas, espacios de convivencia, actividades extracurriculares, etc.) pueden ser financiados por su propio

alumnado. De ese modo, es posible con tiempo y paciencia terminar formando un profesional competente (aunque no brillante).

El caso nuestro es distinto. Muchos, tal vez la mayoría de nuestros alumnos llegan a nuestra universidad porque somos la universidad más barata. Son alumnos con una capacidad de pago limitada e incluso deficitaria para la aventura que emprenden. Su origen socioeconómico les ha hecho transitar por colegios que no les proveyeron del capital formativo requerido para acceder directamente a la universidad: buenos puntajes en la PAA, claridad vocacional, etc. Más bien son personas con déficits formativos serios: en el manejo del lenguaje, en el ejercicio de pensamiento abstracto, en el despliegue relacional con otros, etc. No tienen ni tiempo (cuestión que ocurre con nuestros alumnos vespertinos, con el tiempo preciso y absolutamente ajustado para poder cursar una malla que les demanda 24 a 26 horas semanales presenciales), ni capacidad de pago adicional para financiar los costos de “propedeúticos o preuniversitarios intrauniversitarios”, de modo que la propia institución deberá absorber dichos costos. Sean estos directos, horas de docencia pagadas para programas de formación, o indirectos, como es el caso de salas de clase adicionales y mayores equipamientos.

¿Con este tipo de posicionamiento y las enormes dificultades de allí derivadas, será posible alcanzar los propósitos que nos hemos definido?. Es posible pensar que un anclaje como el descrito nos impida alzar el vuelo, ya que es una mochila demasiado pesada. Sin embargo, sería un error perder ese tipo de posicionamiento que es el que la universidad ha logrado desarrollar hasta ahora. Surge así otra pregunta ¿Es posible pensar en la apertura de un nuevo posicionamiento hacia el cual transitar progresivamente, sin perder parte de nuestros actuales rasgos y/o fortalezas?. Revisemos cuales son éstas: (a) universidad inserta en el país “real”, localización en el Barrio Yungay en el Santiago Poniente y con un alumnado preferentemente vespertino y del tipo estudiante-trabajador; (b) universidad “sin grasa” o lo que es lo mismo sin “hotelería universitaria” (estacionamientos, jardines amplios, aire acondicionado, losa radiante, etc.), con colegiaturas bajas y remuneraciones decentes; (c) fuerte énfasis práctico en los procesos formativos; inserción comunitaria, Centro Yungay, Opción Chile, etc.; (d) calidad humana e intelectual de nuestros equipos académicos y directivos, historial de trabajos realizados para terceros, cierto nivel de polivalencia profesional; (e) algunas ideas fuerza de enorme radicalidad alternativa asociadas a nuestro discurso: desarrollo a escala humana, economía solidaria, economía ecológica, uso alternativo del derecho, participación por afección, etc.

Creo necesario perfilar una identidad que nos permita convocar a nuestro proyecto educativo a aquellas personas, egresados de enseñanza media en el caso de la oferta de pregrado y profesionales con alguna experiencia laboral en nuestras ofertas de posgrado y postítulos, que se caracterizan por su condición de innovadores, soñadores, excéntricos o no conformistas, como rasgos fundamentales de su personalidad, y orientados preferentemente hacia el cambio cultural y civilizatorio como proyecto de

vida. (Es obvio que de aquí también debe derivarse un cierto perfil respecto al tipo de integrantes de nuestra comunidad académica). Atributos como los antes señalados no son los predominantes entre quienes postulan a la educación superior, sin embargo, en toda cohorte demográfica, estos atributos se encuentran en una cierta proporción de los individuos y son compartidos por un grupo minoritario. Ese debe ser nuestro público objetivo. Es a ellos a quienes debemos prioritariamente atraer a nuestra universidad. Cuantitativamente son también lo suficientemente numerosos como para sustentar demográfica y económicamente nuestro proyecto. Debemos introducir en nuestro discurso y en nuestras políticas el concepto de "*minorías creativas*". Son estas las que han impulsado a lo largo de la historia los cambios sociales y culturales.

Es posible afirmar, por otra parte, que la demanda fundamental que las personas hacen en la actualidad a las instituciones que moldean sus vidas, es una demanda de coherencia. Lo que se pide al Estado, a la política, a la educación, a los servicios de salud, a los municipios, en general a cualquiera institución: es que se haga lo que se ofrece o promete hacer. Por eso es imprescindible que en la Universidad Bolivariana se haga aquello que se ha ofrecido. Una institución incoherente no genera credibilidad y la credibilidad es la que hace que la gente esté dispuesta a comprometer su proyecto de vida con aquella institución a la cual se acerca buscando que lo forme profesionalmente. Para eso parece necesario que la universidad se pregunte permanentemente sobre aquello que está haciendo, si lo está haciendo bien o no, si se podría hacer mejor. La esencia de lo universitario, es la búsqueda sin fin de la excelencia en lo que se hace. Pero ello no nos constituye en diferentes de otras universidades, todas buscan o deberían buscar dicha excelencia y dicha coherencia.

Nuestra propuesta debería complementar lo anterior agregándole otros sentidos. En relación a esto, me parece importante poner la atención no sólo en los elementos de contenido del discurso bolivariano, sino que también en los elementos de tipo procesual o formal que habitualmente son poco considerados. De allí entonces que esta reflexión estará orientada en ambos sentidos. Veamos en primer lugar los elementos procesuales o formales.

Los elementos procesuales o formales

En tal sentido parece fundamental que como universidad debiéramos enfatizar tres dimensiones:

La dimensión valórica

Quisiera partir desde una afirmación un tanto radical: "toda educación es moral o no es educación". Toda educación como proceso mediante el cual una generación adulta, con una mayor cantidad de experiencias morales vividas, comparte con las

nuevas generaciones dichas experiencias, esto es su mirada sobre el mundo, construida a partir del aprendizaje y del error, involucra y también requiere de valores que expresan la moralidad dominante en aquellos que educan a otros. Si no es así no hay educación, lo que tendríamos allí sería una suerte de transmisión inocua, aséptica y pretendidamente objetiva, donde nuestra humanidad no se hace presente.

¿Por qué afirmo lo anterior? Porque tengo la convicción de que el problema de lo que los educadores llamamos la crisis de educación en valores se relaciona con lo anterior. Hay una crisis de valores porque se ha hecho dominante la creencia en que es posible educar mediante una falaz o seuda neutralidad valórica, racionalizada como una búsqueda de objetividad, y conduciendo hacia un síndrome de asepsia emocional, en el cual lo que importa a la larga, es o la aceptación acrítica de lo que las instituciones, las formalidades y la visión del mundo dominante nos ofrece o impone (conformismo); o reaccionar de una manera en la cual si bien se rechaza en el fondo se continúa en una suerte de impostura vital.

Posiblemente, alguno de los lectores de estas reflexiones pensará en cuan conservadora es la concepción de la educación que manifiestan las afirmaciones anteriores. No es así y ello porque lo que diferencia a las sociedades actuales de las sociedades del pasado es el descubrimiento, invención o construcción, o como queramos llamarlo de la democracia. En sociedades caracterizadas por su homogeneidad y con sistemas de dominación autoreplicantes, es posible que fuese así. Pero ya no en sociedades cuyo principal atributo es su creciente diferenciación dando origen así a una enorme diversidad. En un contexto tal, la democracia se constituye en no sólo un fin o meta a alcanzar, sino también en el principal instrumento para dar cuenta apropiada de la riqueza de la diversidad. Ello porque la democracia desplaza hacia el propio sujeto la responsabilidad de su condición de ser intrínsecamente ético. Los humanos somos constitutiva y esencialmente seres responsables. La condición humana nos conduce en tal sentido. Nuestro hacer o no hacer condiciona nuestra forma de existir actual y futura. No somos ni ángeles que pueden transitar sin ni siquiera tocarse con otros cuerpos, ni somos bestias que actúan sólo de acuerdo a lo que sus instintos le indican. Somos humanos es decir seres condenados o agraciados por la condición esencial de seres que pueden cometer y que cometen errores, que pueden así provocar dolor y sufrimiento en otros y también en sí mismos, pero seres que también pueden proveer goce y felicidad a otros y a sí mismos.

Como ya hemos señalado en documentos anteriores la dimensión valórica es algo que deberá impregnar el conjunto de la prácticas desarrolladas en nuestra comunidad universitaria, sólo de ese modo se irá perfilando un ethos bolivariano, esto permitirá definir una identidad propia en todo aquel que transite en sus procesos formativos por nuestra universidad, y que por otra parte será el sello característico de los profesionales que egresen de ella en el ejercicio de sus respectivas competencias. Para avanzar en tal sentido parece imprescindible operacionalizar en las propuestas curriculares y en la programación de las actividades aquellos contenidos valóricos que la universidad ha

definido en su declaración de misión y que constituyen lo que le da sentido a su existencia. Volveremos sobre este punto al analizar los elementos de contenido de nuestro discurso.

Sin embargo, es importante acotar aquí que la principal demanda, desde una perspectiva valórica, se relaciona con la coherencia entre discurso y prácticas, entre la concepción que manejamos respecto a qué y quienes somos como institución, y los quehaceres y preocupaciones que recorren nuestra existencia colectiva. Maturana ha señalado que ello se expresa en las redes de conversaciones y las emociones que ellas contienen. Debemos definir y asumir colectivamente cuales son las emociones que nos embargan para desde allí iniciar y animar todas las redes de conversaciones que sean necesarias. Para avanzar en este sentido propongo hacer uso de algunas distinciones conceptuales, hechas por Jaime Trilla, en torno a la educación en valores. Trilla propone una taxonomía de valores, que señala como válida sólo para contextos políticos democráticos y que como tal parece aplicable en nuestro caso. Señala que existen tres clases de valores. Un primer tipo, al cual llamaremos A son los valores compartidos (consensuados). Una segunda clase son los valores no compartidos, los cuales pueden ser de dos tipos: contradictorios con A (contravalores) a los cuales llamaremos B; y no contradictorios con A (controvertidos) a los cuales llamaremos C.. Valores del tipo A son la justicia, libertad, verdad, Belleza, etc. y los contenidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Asimismo los valores propios de la democracia: las relaciones entre minorías y mayorías, el derecho a disentir, el respeto a todas las opiniones, entre muchos otros.

Podemos asimismo ubicar en esta categoría a aquellos valores denominados omnicomprensivos (Margaret Mead), o a aquellos enunciados como propios de una ética mínima (Adela Cortina). Los valores del tipo B (contravalores), son aquellos valores no consensuados pero consensuadamente rechazados, como por ejemplo el racismo, la esclavitud, la discriminación étnica o religiosa, etc. Los valores del tipo C, son aquellos valores que están en la base de las diferentes concepciones religiosas, corrientes artísticas, opciones políticas. Ejemplos de ellos podrían ser la castidad, la competencia, etc.

Existen por lo tanto cuestiones socialmente controvertidas. ¿Cuáles son ellas?: (a) aquellas que conllevan algún conflicto entre valores, bien sea por una oposición existente entre los valores que llamamos C, o bien por las diferentes formas de interpretar, jerarquizar o aplicar los valores A y B; y (b) que son percibidas públicamente como relevantes.

Dadas estas precisiones conceptuales ¿cuáles deberían ser los objetivos de nuestro esfuerzo de educación en valores?: (a) que el educando conozca y asuma los valores compartidos (A); (b) que el educando conozca y rechace los contravalores (B); (3) que el educando conozca las cuestiones socialmente controvertidas, elucide los conflictos de valores que presentan y pueda optar autónomamente en relación a ellas.

Por consiguiente respecto a cada tipo de valores la educación debe asumir una actitud diferente: (a) en relación a los valores del tipo A: la educación debe ser beligerantemente positiva; (b) en relación a los valores del tipo B: la educación debe ser beligerantemente negativa; y (c) en relación a los valores del tipo C: la educación debe adoptar ya sea una forma lícita de neutralidad o de beligerancia, que en cada caso sea la más pertinente para que el educando elucide los conflictos entre ellos y opte autónomamente.

¿Qué valores nos parecen necesarios de asegurar en nuestros procesos formativos bolivarianos? De la propuesta elaborada por un grupo de educadores latinoamericanos preparada para la reunión de educación de Dakar y conocida como "Pronunciamiento Latinoamericano" 2000 es posible hacer nuestros los siguientes aspectos:

"En el contexto actual de globalización, queremos preservar algunos valores que son esenciales a la identidad latinoamericana:

- **El valor supremo de la persona y la búsqueda de un sentido de la existencia humana.** Valoramos el respeto a la persona y a su desarrollo por encima de un progreso material fincado exclusivamente en el aumento del consumo y del confort; creemos en la importancia de crear las condiciones necesarias para que cada persona encuentre un sentido a su vida y respuestas a sus preguntas existenciales.
- **El sentido comunitario de la vida,** característico de nuestras culturas, principalmente las indígenas: compartir y servir, ser solidarios más que competitivos, saber convivir privilegiando el bienestar colectivo, respetar las diferencias contra las tendencias de exclusión y el cuidado por los más débiles y desprotegidos.
- **La multiculturalidad y la interculturalidad.** Nuestras naciones son pueblos de pueblos, gestados a través de procesos de mestizaje biológico y cultural, por lo que la apertura a la pluralidad de razas, etnias y culturas es esencial a nuestra identidad y valor a ser reafirmado por la educación.
- **La apertura y valoración de formas de conocimiento y de aproximación a la realidad que trascienden la racionalidad instrumental:** los lenguajes simbólicos, la intuición, la sensibilidad a la vulnerabilidad humana, la recuperación creativa de la tradición y el aprecio por la belleza.
- **La libertad,** entendida -en la tradición que recogió acertadamente Paulo Freire- como una conquista sobre nuestros egoísmos y los de los demás, como construcción de la autonomía de la persona y de su sentido de responsabilidad, como superación de todas las opresiones mediante la comprensión del opresor y la disposición a compartir con éste la tarea de construir un mundo para todos.

- **El trabajo** como medio de realización personal y por ello derecho fundamental, no como subordinación acrítica a los intereses del capital ni como búsqueda eficientista de maximización del lucro.
- **La búsqueda del “otro” en la construcción de un “nosotros”** que fundamente el sentido ético de la vida humana, y la presencia constante de la utopía y la esperanza.

Deseamos preservar en nuestra educación estos valores que nos dan identidad, y desde ellos conquistar la paz basada en la justicia y en el respeto a todos. Deseamos que estos valores trasciendan hacia la convivencia cotidiana, los medios de comunicación masiva, las leyes, las filosofías que orientan la educación y, en general, todos los ámbitos de la cultura. En los sistemas educativos, deseamos que inspiren la formación de educadores y educandos, los contenidos curriculares y métodos de enseñanza, las formas de organización y el clima humano de las escuelas, la distribución de los recursos, los criterios de planeación y evaluación y las relaciones interpersonales de todos quienes intervenimos en la educación.” (varios 2000)

La dimensión epistemológica

Uno de los ámbitos de mayor debate intelectual en el mundo actual es el de las cuestiones epistemológicas. El (re)descubrimiento del carácter fundamentalmente hermeneútico de nuestro razonar y operar en el mundo nos ha llevado a un cuestionamiento muy radical de aquellas afirmaciones que hacemos sobre la realidad y a las cuales denominamos verdades (sean estas con mayúsculas o minúsculas). Hay un profundo cambio paradigmático del cual somos protagonistas. Podremos discutir la validez o no del concepto de paradigma y de cambio de paradigma, pero es innegable que nuestras matrices epistémicas, cosmovisiones, visiones de mundo o concepciones respecto al universo y a la vida, o como queramos llamarlas se encuentran en procesos de permanente conmoción. Podemos afirmar por una parte que “nadie es poseedor de la verdad”, pero a la vez podemos afirmar también que “la verdad es una construcción social”.

Una propuesta integradora de las diversas nuevas aproximaciones al conocimiento es posible encontrarla en la propuesta de Miguel Martínez sobre un “paradigma emergente”.

“Esta teoría de la racionalidad o esquema de comprensión e inteligibilidad de la realidad constituye un **paradigma emergente**, que brota de la dinámica y dialéctica histórica de la vida humana y se impone, cada vez con más fuerza y poder convincente, a nuestra mente inquisitiva. Su fuerza y su poder radican en la solidez de la idea central de los cinco **principios fundamentales o “postulados”** descritos.

- La **tendencia al orden en los sistemas abiertos** supera el carácter simplista de la explicación causal lineal y unidireccional y la ley de la entropía, establecida por el segundo principio de la termodinámica (ley de degradación constante), y nos pone ante el hecho cotidiano de la emergencia de lo nuevo y de lo imprevisto, como fuentes de nueva coherencia.

- La **ontología sistémica** y su consiguiente metodología interdisciplinaria cambian radicalmente la conceptualización de toda entidad. En las ciencias humanas, por ejemplo, las acciones pierden el valor que tienen por lo que son en sí, aisladamente, y son vistas e interpretadas por la función que desempeñan en la estructura total de la personalidad. El acto humano se define por la red de relaciones que lo liga al todo. El acto en sí no es algo humano: lo que lo hace humano es la intención que lo anima, el significado que tiene para un actor, el propósito que alberga, la meta que persigue; en una palabra, la función que desempeña en la estructura de su personalidad.

- El **conocimiento personal** supera la imagen simplista que tenían los antiguos y la misma orientación positivista de un proceso tan complejo como es el proceso cognoscitivo, y resalta la dialéctica que se da entre el objeto y el sujeto y, sobre todo, el papel decisivo que juegan la cultura, la ideología y los valores del sujeto en la conceptualización y teorización de las realidades complejas.

- La **meta-comunicación y la auto-referencia** nos ponen frente a una riqueza y dotación del espíritu humano que parecen ilimitados por su capacidad crítica y cuestionadora, aun de sus propias bases y fundamentos, por su poder creador, por su habilidad para ascender a un segundo y tercer nivel de conocimiento y por su aptitud para comunicar a los semejantes el fruto de ese conocimiento.

- A su vez, el **principio de complementariedad** -que, en cierto modo, es un corolario de la ontología sistémica, ya que el todo (el sistema, la estructura) es producido por la actividad cognitiva individual- trata de integrar en forma coherente y lógica las percepciones de varios observadores, con sus filosofías, enfoques y métodos, consciente de que todo conocimiento es relativo a la matriz epistémica de que parte y, por eso mismo, ofrece un valioso aporte para una interpretación más rica y más completa de la realidad que, a su vez, será una visión interdisciplinaria. Esta tarea que en sí pudiera asustar a cualquiera, quizá no sea esencialmente diferente de la que realiza el fotógrafo aludido al crear su álbum de la fiesta. Sin embargo, implica el paso de una teoría de la racionalidad lineal, inductivo-deductiva, a una estructural-sistémica.

La epistemología actual ha ido logrando una serie de metas que pueden formar ya un conjunto de postulados irrenunciables, como los siguientes: toda observación es relativa al punto de vista del observador (Einstein); toda observación se hace desde una teoría (Hanson); toda observación afecta al fenómeno observado (Heisenberg); no existen hechos, sólo interpretaciones (Nietzsche); estamos condenados al significado (Merleau-Ponty); ningún lenguaje consistente puede contener los medios necesarios para definir su propia semántica (Tarski); ninguna

ciencia está capacitada para demostrar científicamente su propia base (Descartes); ningún sistema matemático puede probar los axiomas en que se basa (Gödel); la pregunta ¿qué es la ciencia? no tiene una respuesta científica (Morin). Estas ideas matrices conforman una plataforma y una base lógica conceptual para asentar todo proceso racional con pretensión "científica", pero coliden con los parámetros de la racionalidad científica clásica tradicional.

A pesar de que llevamos ya casi un siglo desde los años en que se realizó la más grande de las revoluciones en la ciencia (en la física), más de 50 años de la superación del positivismo lógico y casi 30 desde la fecha en que se levantó su acta de defunción, "por dificultades internas insuperables", en un Simposio Internacional sobre Filosofía de la Ciencia (Urbana, EE.UU., 1969; ver Suppe, 1979), -con el consiguiente abandono ideológico por parte de la gran mayoría de los epistemólogos.

Quizá, esté sucediendo lo que pasó con el paradigma geocéntrico de Ptolomeo: aunque el cambio y adopción del paradigma heliocéntrico era claro y lógico bajo el punto de vista conceptual, la inercia mental, las rutinas y los hábitos intelectuales, por un lado, y, por el otro, los intereses creados retardaron por más de un siglo su aceptación.

Parece evidente e imperiosa la necesidad de un cambio fundamental de paradigma científico. Los modelos positivistas y mecanicistas quedarían ubicados dentro del gran paradigma del futuro, al igual que la física newtoniana quedó integrada dentro de la relativista moderna como un caso de ella. Asimismo, la lógica clásica y los axiomas aristotélicos, aunque indispensables para verificar enunciados parciales, darían paso a procesos racionales menos rigidizantes y asfixiantes a la hora de enfrentar un enunciado complejo o global.

Lo más claro que emerge de todo este panorama es que el término "ciencia" debe ser revisado. Si lo seguimos usando en su sentido tradicional restringido de "comprobación empírica", tendremos que concluir que nos sirve muy poco en el estudio de un gran volumen de realidades que hoy constituyen nuestro mundo actual. Pero si queremos abarcar ese amplio panorama de intereses, ese vasto radio de lo cognoscible, entonces tenemos que extender el concepto de ciencia, y también de su lógica, hasta comprender todo lo que nuestra mente logra a través de un procedimiento riguroso, sistemático y crítico, y que, a su vez, es consciente de los postulados que asume.

Por todo ello, cabe concluir enfatizando que la ciencia no alberga ningún absoluto ni ninguna verdad final. Tiene sus comienzos en compromisos con postulados y presupuestos, los cuales serán modificados en la medida en que nuevos hechos contradigan las consecuencias derivadas de ellos. La ciencia tendrá problemas eternos pero no podrá dar respuestas eternas." (Martínez 1997:156 a 158).

La dimensión práctica

En primer lugar, en relación a esta dimensión, al igual que con respecto a las anteriores, esta separación es sólo analítica. En la realidad, es en la dimensión de lo práctico, donde estas dos dimensiones antes señaladas se funden en una unidad indisoluble, la del actuar o hacer. Nuestra intuición es que una "adecuada" o "real" educación en valores y formación con un profundo anclaje epistemológico requiere preferentemente de procesos de aprendizaje en el hacer, en los cuales la centralidad está en el proceso de acompañamiento a dichos procesos.

Los valores son transmitidos en el conjunto de prácticas que constituyen la vida cotidiana de la institución en la cual los sujetos participan. Los cursos de deontología, de ética profesional o de otro tipo de instrucción en el ámbito ético o moral son solamente elementos de reforzamiento cognitivo a procesos fundamentalmente emotivos o afectivos, en los cuales las personas anclamos nuestras opciones valóricas. Lo que influirá principalmente sobre el educando será la coherencia encontrada entre contenidos manifiestos y curriculum oculto. A mayor coherencia mayor adhesión a los valores explicitados; de allí la importancia de la coherencia interna del discurso y de éste con las prácticas institucionales. Transcurridos ya varios años de desarrollo de nuestro proyecto educativo hemos acumulado una experiencia que nos hace posible reafirmar algunas de las intuiciones que han guiado hasta ahora nuestro quehacer.

Como lo señalamos en el Informe enviado al Consejo Superior de Educación sobre el cumplimiento de su acuerdo N° 008/2000, nuestra universidad ha ido desarrollando desde sus inicios un conjunto de estrategias formativas que buscan realizar los siguientes propósitos: (a) el fomento del desarrollo de cada persona, en su integridad y diversidad; (b) el fortalecimiento de una actitud crítica frente a lo dogmático y absoluto; (c) el rechazo al conocimiento memorístico y una valoración de la creatividad, de la capacidad para adecuarse a situaciones nuevas y de innovar utilizando la información disponible; (d) una nueva actitud y forma de conceptualización de los espacios y de los tiempos, y por ende, de las formas de organización de la vida cotidiana; y (e) el desarrollo de una capacidad para aprender y enseñar desde una perspectiva crítica, abierta y propositiva, mediante metodologías que enfatizan el aprender en el hacer y en la producción de significados y de sentidos.

Desde su fundación la Universidad Bolivariana ha manifestado una preocupación central por la innovación en las estrategias formativas. A lo largo de su desarrollo pueden distinguirse diversas opciones que han marcado ciertos hitos, y que luego han seguido un curso de normalización y consolidación. Dada la complejidad de la formación universitaria se requiere múltiples estrategias a distintos niveles y destinatarios. Es la acción de conjunto la que hace posible el logro de los propósitos planteados. En este sentido la evaluación de la efectividad no puede hacer con una perspectiva cortoplacista, y debe hacerse en el largo plazo y sobre la acción de conjunto, es decir una vez culminados los procesos formativos, y ello debe formar parte

constitutiva de procesos continuos de seguimiento y control y de autoevaluación institucional.

¿Cuáles han sido esas diversas estrategias que nuestra universidad ha venido desplegando en su historia, que a su vez nos han permitido una acumulación de experiencia y de aprendizaje institucional?

Estrategia 1: **Integración de la teoría y la práctica**: aprender haciendo; Estrategia 2: **Investigar lo singular para comprender lo global**: estudio de casos; Estrategia 3: **Indagación temática transdisciplinaria**: electivos generales; Estrategia 4: **Perfeccionamiento del cuerpo docente**: cursos de pedagogía universitaria; Estrategia 5: **Apoyo a la docencia**: equipos de intervención en aula; Estrategia 6: **Habilitación para el aprendizaje**: cursos propedéuticos; Estrategia 7: **Diálogo interdisciplinario**: curso común de Introducción a las Ciencias Sociales

Una evaluación de la marcha de estas estrategias muestra que todas ellas siguen vigentes, asimiladas a distintos niveles, con formatos en constante desarrollo. Es así como las estrategias 1 y 2 se continúan realizando a través de tres modalidades:

- (a) Transversalidad metodológica del "aprender haciendo" a nivel de asignaturas (pasos prácticos, trabajos de investigación aplicada, análisis de casos);
- (b) Dispositivos disciplinarios para el estudio de casos: Clínica Jurídica en Derecho; Centro de Apoyo Psicológico en Psicología; trabajo de campo en Antropología, talleres de Periodismo en terreno y de Periodismo Comunitario; y talleres y tutorías en Economía;
- (c) Construcción progresiva de un módulo longitudinal de especialización en trabajo comunitario.

Esta última modalidad, la construcción progresiva de un módulo de trabajo comunitario, es una etapa más avanzada de un proceso de reflexión y práctica. En este largo proceso se constatan los siguientes hitos:

Primero. La creación de un espacio destinado a la interacción con la comunidad, el Centro Yungay. Este Centro se ha posicionado en la comunidad local especialmente por las clínicas jurídica y psicológica, que funcionan desde 1995 y 96 respectivamente. Este proceso de atención de casos de los vecinos ha ido definiendo en el tiempo su identidad comunitaria. El otro actor en esta relación con la comunidad –el alumno bolivariano- ha ido progresivamente acercándose al Centro Yungay, cobrando mayor presencia en los últimos años, y desde 1999 y de modo definitivo el Centro les ofrece una estructura y una propuesta de trabajo mucho más claramente perfilada.

Segundo. Diseño y aplicación de un Módulo de Formación para la Práctica Comunitaria. En niveles de complejidad creciente se pretende desarrollar destrezas y competencias en los siguientes niveles: observador participante – registrador de los conflictos y necesidades del Barrio; animador comunitario, monitor grupal, y, por último

Técnico en Dinámicas Comunitarias. Esta última oferta formativa esta abierta a todo alumno que podrá aspirar sin otra exigencia que cumplir las horas de trabajo comunitario que contemplará la malla curricular de su respectiva carrera, y los pasos de formación teórica complementarios que se ofrecerán durante los periodos de vacaciones.

Tercero. Concurso de Becas de Investigación-Acción para los alumnos de los últimos niveles de todas las carreras de la universidad.

Cuarto. Instalación progresiva de Dispositivos de Formación reconocibles en el Pregrado para el Apoyo a la Práctica Comunitaria, constituyendo asignaturas articuladas en el marco del Programa de Pedagogía Universitaria.

La estrategia 3, de electivos generales, fue instaurada con el propósito de abordar, trandisciplinariamente, los ejes temáticos de interés público que expresan las opciones valóricas de la Universidad Bolivariana que la perfilan en un compromiso radical con "el otro desarrollo" (tema este que será profundizado en la siguiente sección referida a los elementos de contenido).

La estrategia 4 se refiere al perfeccionamiento de los docentes. A pesar de la exigencia de capacidades y de competencias pedagógicas que exige la Universidad al momento de la contratación, aún existen, de parte de muchos docentes, dificultades en el despliegue de metodologías innovativas que permitan el logro de mejores resultados de aprendizaje. En algunos casos todavía se privilegia, exclusivamente, la clase conferencia, que está dirigida, fundamentalmente, a objetivos de enseñanza sin considerar las metas de aprendizaje, y en el plano de la evaluación, en otros casos, subsiste una concepción en el control y la calificación de una cierta tendencia a entenderla como premio y castigo.

Entre las acciones privilegiadas en esta estrategia están: la asesoría directa a los docentes según requerimiento; la asesoría a las Escuelas en estrategias innovativas; y los seminarios temáticos.

A través del desarrollo de estas acciones se ha percibido en nuestros equipos docentes: un amplio y persistente interés en perfeccionarse; una apertura al cambio pedagógico; mejoras en el diseño de programas; y la introducción de nuevas metodologías en aula. A pesar de lo realizado subsiste una debilidad en esta estrategia que es su carácter episódico. Estamos analizando posibilidades de iniciar a partir de este año una propuesta de formación de nivel terciario para nuestro cuerpo académico, en convenio con alguna universidad extranjera, que se refiera al diseño curricular y a la evaluación educativa.

La estrategia 5 tiene relación con la existencia de dispositivos de apoyo a la docencia en cantidad y calidad suficiente. La biblioteca, el laboratorio de computación, el laboratorio audiovisual y el Centro Yungay, alcanzan un desarrollo desigual, siendo

necesario avanzar aceleradamente en la completación del equipamiento y los espacios necesarios. La estrategia 6 está referida a los Cursos Propedéuticos destinados a desarrollar conocimientos universales propios de la tradición universitaria. Los cursos propedéuticos de preparación para el ingreso a la Universidad tienen una rica y valiosa historia en la educación chilena y en las propias universidades.

En diversos informes al Consejo hemos argumentado sobre las deficiencias de la educación media que conllevan serios problemas de adaptación a las disciplinas universitarias, sobre todo en los primeros años; también hemos explicitado la actitud responsable de la Universidad Bolivariana para asumir en su plenitud las observaciones del Consejo Superior respecto a la exigencia de abordar estos déficits. Estamos convencidos de que este problema debe ser enfrentado en forma integral y en toda su profundidad y dificultad; igualmente hemos argumentado acerca de las limitaciones del esquema de universidad profesionalizante y la prematura especialización del alumno que no le permite construir un camino propio con mayor autonomía y en base a una visión amplia de la cultura. A esta dificultad se agregan playas horarias en extremo recargadas. Pero el tema de fondo para nosotros es cómo favorecer la equidad respecto a “la posesión del capital cultural” y no reproducir las distancias en detrimento de los alumnos deprivados culturalmente. No cabe duda de que un sistema de selección basado en los mejores puntajes en la Prueba de Aptitud Académica tiene pocos riesgos en relación a una matrícula con predominio de alumnos deprivados culturales. Pero la Universidad Bolivariana ha elegido otro camino más consecuente con el servicio a estudiantes más desfavorecidos social, cultural y económicamente. Esta decisión tiene costos importantes, y significa responder a un desafío de considerable magnitud.

La estrategia 7 hace referencia a la facilitación del diálogo interdisciplinario a través de la realización de un Curso Común Introductorio a las Ciencias Sociales y es otra modalidad de superar la compartimentación disciplinaria tanto a nivel de los docentes como de los alumnos. Esta estrategia también apunta a ir desarrollando una transversalidad en aquellas áreas del conocimiento que siendo de carácter más general dicen relación con los contenidos más propios del discurso bolivariano. En los próximos años se irá haciendo algo similar en relación a los cursos de Filosofía, Metodologías de Investigación, Ecología y Economía entre otros. Asimismo esta estrategia permite iniciar la configuración de un tipo de estructura departamental o de un tipo similar, como estructura base de la organización académica futura.

Los elementos de contenido

Una propuesta que aparece viable es enfatizar los elementos que potencien el carácter “alternativo” de nuestro discurso. Esto implicaría potenciar, substantivamente, los elementos de forma y contenido que nos permitan presentar como nuestro rasgo

fundamental la búsqueda de alternatividad, esto es de "otras" y nuevas respuestas a las que el sistema en su conjunto está dándose para enfrentar los desafíos del futuro. En el punto anterior se presentaron algunos elementos de forma y se enunciaron, asimismo, algunos elementos de contenido; esto se complementa con el tipo de estructura hacia el cual transitar, los cuales han sido ya planteados en el documento "Hacia una universidad extendida". Parece necesario por lo tanto someter también a debate y reflexionar más específicamente en torno a los elementos de contenido, a eso dedicaremos el resto de este papel.

En un artículo publicado hace algunos años presenté un intento de resumir los planteamientos alternativos, que creo conveniente recordar. Lo primero que se debe destacar son las ideas contenidas en la noción primitiva, es decir la del "otro desarrollo". Esta se asocia con el concepto de: (1) la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales y la erradicación de la pobreza; (2) la autonomía de los espacios locales, regionales y nacionales; (3) la transformación de las estructuras políticas, económicas y sociales; y (4) la creación de un nuevo orden económico internacional.

En su uso actual, el concepto ha incorporado además ideas como:

- 1) una nueva mirada de la realidad que permita abordar de otro modo los temas clásicos de la política, la cultura y la economía;
- 2) la generación de relaciones de información y de comunicación no jerarquizadas, horizontales y simétricas, como son las relaciones propias de una red;
- 3) la consideración de temas que están ausentes de la reflexión y del debate dominantes: lo femenino, el medio ambiente, la corporalidad, lo cotidiano, la expresión de las emociones, el sentido común, el saber popular y otras formas de saber no científico, entre otros;
- 4) lo que está fuera de la moda, lo excéntrico, lo que se desvía de la norma, lo creativo;
- 5) engarzado con lo anterior, el elogio y defensa de la diversidad biológica y cultural;
- 6) la búsqueda de una mayor correspondencia entre los discursos y las prácticas sociales, es decir, entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo público y lo privado, entre el pensar y el sentir;
- 7) la orientación preferente hacia aquello que más importa a la gente antes que hacia lo medible y verificable;
- 8) la convicción acerca de la relatividad y variedad que caracterizan lo humano, de donde deriva la importancia que se concede a la memoria, la historia, la identidad y la capacidad crítica;
- 9) la creencia de que los seres humanos requerimos utopías, esperanzas y sueños para sentirnos vivos; y
- 10) la necesidad de que la gente recupere el control de sus propias vidas.

Todo esto se traduce, en los muchos planos de la realidad, en caminos como los siguientes:

- a) en la mente, despertar la sabiduría;

- b) en las emociones, despertar el amor, la compasión, la alegría y la ecuanimidad;
- c) en el cuerpo, despertar la salud;
- d) en la cultura, desarrollar conceptos no dualistas, integrar la belleza, la verdad y la economía entendida como simplicidad;
- e) en la ciencia, desarrollar lo interdisciplinario y lo transdisciplinario;
- f) en la sociedad, desarrollar la cooperación;
- g) en la economía, introducir la idea de equidad esencial y procurar un confort básico para todos; y
- h) en relación con la naturaleza, introducir el respeto por la vida como matriz fundamental.

Desde la perspectiva que asumimos, es posible pensar la posibilidad de articular la enorme gama de contenidos posibles en torno a tres grandes ejes.

El primero es el de la bio-socio-economía (economía ecológica), el cual se relaciona con los grandes temas de la equidad y de la sustentabilidad, de la solidaridad, de la exclusión social, de las nuevas formas de organización económica, las nuevas formas de contabilidad que incluyen el patrimonio natural y cultural, la desmaterialización de los procesos productivos, la agroecología, las tecnologías apropiadas, entre muchas otras. Asimismo, es necesaria abrirla a considerar los temas de la bioética, las biotecnologías, la ingeniería genética, los temas de la salud, la enfermedad y la muerte, las decisiones biomédicas, los temas de la cobertura y la calidad de los servicios de salud, entre muchos otros.

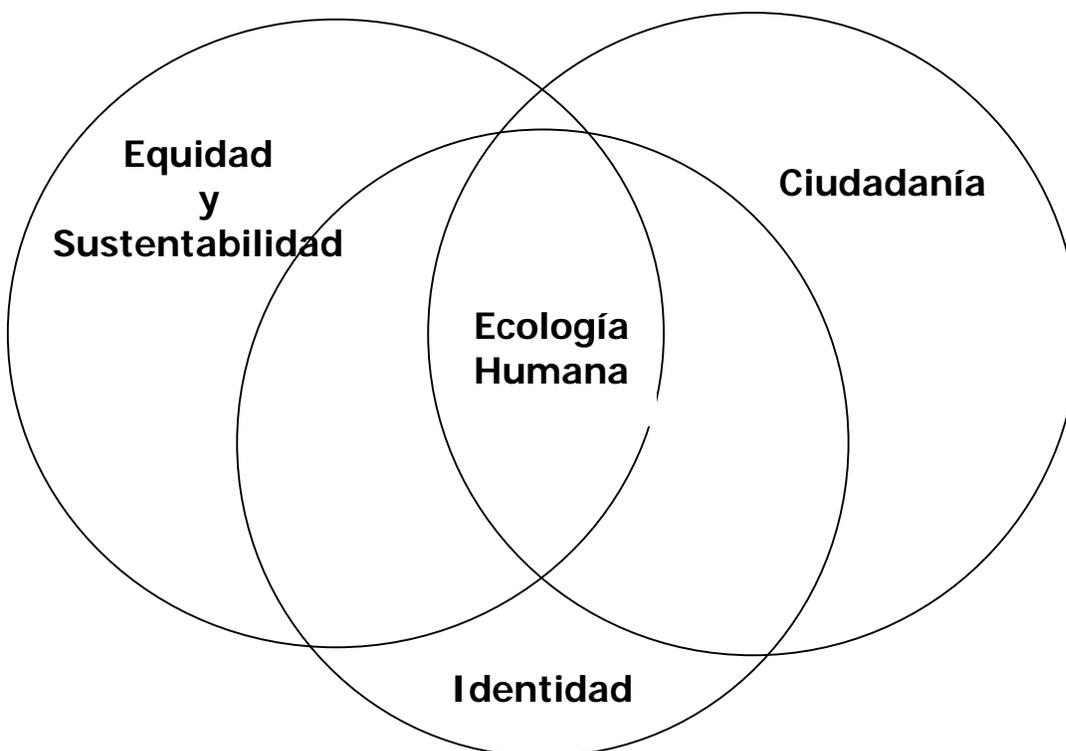
Un segundo gran eje es el de la sociedad civil y de la ciudadanía, el cual relaciona los temas de la participación, la democracia, los derechos humanos, la sociedad civil, el tercer sector, la filantropía y el voluntariado, la descentralización y la regionalización, el fortalecimiento de la institucionalidad municipal, las organizaciones no gubernamentales, la gerencia social, el espacio de lo público y su apropiación ciudadana, la gobernabilidad, el control ciudadano sobre las autoridades, la responsabilidad social empresarial, los derechos de las minorías, ancianos, niños, etc.

El tercer eje es el del desarrollo personal o de la identidad y se relaciona con las distintas búsquedas propias de nuestra época por darle sentido a la vida. Este incluye una amplia variedad de temáticas que se expresan muy bien en los contenidos que aparecen en la revista *Uno Mismo* o en las publicaciones de la editorial *Cuatro Vientos*: la espiritualidad, los nuevos paradigmas, las nuevas terapias y aproximaciones biopsicosociales a los problemas de la salud y la enfermedad, y otros temas análogos.

La universidad se encuentra transitando por los dos primeros ejes con experiencias exitosas, y otras no tanto. Sin embargo todas ellas han carecido hasta ahora de la necesaria difusión, vía publicaciones en diferentes soportes mediáticos, los cuales deberían existir dada la calidad de lo hecho y lo logrado hasta ahora. Dicha difusión permitiría enriquecer también nuestras propias propuestas mediante el debate público con la

comunidad académica nacional e internacional. Pero, del mismo modo es necesario profundizar en la investigación y producción de conocimiento e información en los aspectos en los cuales ya estamos trabajando, así como también iniciar el desarrollo de aquellos tópicos y problemáticas en torno a las cuales aún no hemos iniciado una reflexión.

Un diagrama nos puede ayudar a visualizar más claramente la propuesta que estamos esbozando. En la intersección de los tres grandes ejes temáticos presentados se genera como resultado, en el espacio compartido, lo que sería posible denominar como el núcleo duro o meollo de la propuesta bolivariana, el concepto de "ecología humana".



Es posible sugerir que la universidad se aventure a desarrollar propuestas de enorme significación futura sobre la ecología humana, como podría ser el abrir un espacio académico para la formación y difusión en áreas donde existe una gran demanda y actores sociales involucrados pero que no han sido reconocidas en nuestra sociedad por parte de la comunidad académica como un espacio con un estatuto epistemológico propio capaz de dialogar con los saberes dominantes de la ciencia empírico-positivista. Sería posible así generar un espacio formativo y de investigación que permita contribuir a eliminar parte de la charlatanería que abunda en estos ámbitos, como también proveer un reconocimiento cultural y social institucional a prácticas muchas de ellas incluso milenarias, esto es probadas en su validez a lo largo de cientos de años y de su transmisión de generación en generación. Por otra parte es posible pensar en el valor, en términos de preservación de la diversidad cultural, que tendría el iniciar un trabajo sistemático y con el rigor propio de la

actividad universitaria, ya sea registrando, sistematizando, evaluando críticamente y autoreflexionando las propias prácticas por parte de sus propios actores. Imaginemos, por ejemplo, lo que sería iniciar una formación sistemática en acupuntura o en medicina ayurvédica o chamánica con maestros provenientes de China, India o el Amazonas. ¿Qué resultados notables podrían derivarse de este diálogo de saberes y de sentidos comunes distintos a los dominantes? ¿Qué nuevas racionalidades podrían a partir de allí comenzar a plasmarse?. Parece evidente que de allí podría derivar un notable avance en las búsquedas transdisciplinarias que la universidad dice perseguir. Algunas ideas sobre estas temáticas están contenidas en libros y artículos que se encuentran en circulación, de Berman, Maturana, Capra, Eisler, Restrepo, Willis Harmann o de Schwartz y Russek.

El perfil del estudiante bolivariano

La condición de estudiante bolivariano requiere un conjunto de actitudes que permitirán ir moldeando los hábitos y comportamientos que conduzcan a formar, en cuanto persona a un tipo de profesional caracterizado por ciertos rasgos identitarios.

Veamos en primer lugar cuales son las actitudes necesarias en nuestros alumnos: (a) Una permanente disposición de apertura en su "escucha interior" a las diversas propuestas que les irán siendo presentadas a lo largo de su vida universitaria; (b) Un compromiso hacia el trabajo y esfuerzo sistemático en la búsqueda de la excelencia y del rigor académico; (c) Una postura de tolerancia, de aceptación e incluso de compasión con toda la vida y con todo lo humano, incluso con aquello que les resulte extraño, insólito o chocante; (d) Pero a la vez, una inalterable actitud crítica, a cuestionar, desconfiar y dudar sistemáticamente de todo lo que les sea presentado.

Estas actividades caracterizan en general el espíritu del verdadero universitario, y en particular de quien busca formarse en nuestra universidad.

¿A qué debe comprometerse nuestra institución? A respetar su individualidad, su especificidad y su singularidad; ya que es esta condición que tiene cada ser humano, el ser absolutamente único en el universo de lo existente, es el aporte más valioso que recibe nuestra comunidad con la incorporación de cada nuevo integrante.

La enseñanza en nuestra universidad, por consiguiente, no puede consistir sólo en la enseñanza del corpus teórico de una determinada disciplina y/o de su método y de sus técnicas de investigación, sino que fundamentalmente, debe ser un proceso de acompañamiento personalizado a quienes tienen una vocación intelectual, sea esta profesional, científica o técnica para permitirles el desarrollo de aquellos atributos, virtudes, hábitos y competencias, propias del espíritu intelectual y científico, así como también dotados de aquellos valores que dan sentido a nuestra existencia.

El tipo de profesional que requiere el mundo actual es: (a) alguien dotado de espíritu o capacidad crítica, para quien la duda es algo sistemático y que siempre y frente a todo hace uso de su principal instrumento: la pregunta; (b) alguien que sabe sólo mediante el rigor, la transpiración y el esfuerzo se puede llegar a descubrir algo nuevo; alguien creativo que mantiene una permanente curiosidad frente a todo como producto de su apertura a todos los posibles; (c) alguien con criterio para discriminar lo relevante y dentro de ello, lo pertinente; (d) pero principalmente alguien que siente un profundo compromiso por la singularidad de cada condición humana, y se hace responsable por la ampliación colectiva del horizonte de lo humano.

Por tal razón nuestra universidad apunta a formar a nivel individual: un estudiante constantemente activo, observador, expresivo, motivado por la percepción de problemas reales, ligado a aspectos significativos de la realidad; con grandes habilidades para analizar, comparar, comprender, evaluar y extrapolar problemas, con gran capacidad para establecer intercambios, para superar conflictos y respetar a sus orientadores. Buscando así el desarrollo de personas conocedoras de su propia realidad y reacias a la valoración excesiva de lo foráneo, capaces de generar métodos e instrumentos adecuados a su realidad; fomentando de este modo la cooperación en la búsqueda individual y colectiva de soluciones a los problemas que nos son comunes.

Nuestro proyecto formativo apunta a desarrollar la suficiente apertura y examen crítico en nuestros futuros profesionales, científicos, técnicos e intelectuales, así como proveerles de una mirada que introduzca la complementariedad y la contradicción en la consideración de lo relativo y de lo absoluto, de la vía cuantitativa y de la cualitativa, todo ello al servicio de la vida, del ser humano y de la evolución.

Ese es el sentido profundo de nuestra convocatoria a formar "profesionales para el cambio". Es la propuesta hacia un profundo cambio cultural, es decir de un cambio tanto en lo personal como en lo social. Un cambio para ponerlo todo al servicio de la vida, de toda la vida y de todas las vidas. Cambio que implica desarrollar la capacidad para ser compasivos y solidarios, para sentirnos formando parte del universo, de la vida y de la humanidad, para poder apreciar así la superior trascendencia que hay en toda la singularidad que toda existencia implica, aún la más simple, y para asumir consecuentemente nuestra responsabilidad por el fomento y desarrollo de la diversidad.

Perfil del académico bolivariano

"La idea expresada en la afirmación "la verdad os hará libres", expuesta en el Evangelio de San Juan, sería mejor invertirla. Es la libertad la que nos obliga a ser verdaderos en los juicios; como no podemos imponer una autoridad intocable, tenemos que aprender a discutir y a demostrar".

Estanislao Zuleta (1985)

Para formar los profesionales cuyo perfil hemos intentado describir a partir de nuestros alumnos, requerimos un tipo de académico cuyos atributos personales contengan y anticipen aquellas virtudes morales y competencias como personas, que nos proponemos descubrir, cultivar y potenciar en los profesionales que buscamos formar.

El perfil ideal de un académico de la Universidad Bolivariana, por lo tanto, debería ser el de una persona profundamente comprometida con el respeto a los Derechos Humanos, a toda persona y a toda forma de vida. Debe ser una persona abierta, crítica y autocrítica. Debe orientarse a la búsqueda de mejorar la calidad y condiciones de la vida humana, tanto en el plano individual como en el colectivo. Debe buscar desarrollar su quehacer propio de la forma más responsable, eficiente y eficaz y signada por los valores del pluralismo, la aceptación de la diversidad y la democracia como forma de vida. Debe ser un testimonio de responsabilidad, de cumplimiento cabal de los compromisos adquiridos y de coherencia personal. En el plano de sus responsabilidades y competencias los académicos deberán ser capaces de producir nuevos conocimientos, y no ser meros transmisores o reproductores de conocimientos ya existentes, es decir ser capaces de hacerse preguntas significativas y de investigar en torno a ellas, pero a la vez ser capaces de emocionar y convocar en sus alumnos el asombro, la curiosidad y la apertura, así como de inducir y acompañar los aprendizajes individuales.

Referencias bibliográficas

Ferro, Jesús (1985), *Universidad y desarrollo*, Ed. Uninorte, Barranquilla.

Grupo de Educadores Latinoamericanos (2000) *Pronunciamento Latinoamericano sobre educación para todos 2000*, Dakar.

Martínez, Miguel (1997), *El paradigma emergente*, Ed. Trillas, México.

Polonyi, Michel (1966), *El estudio del hombre*, Ed. Paidós, Buenos Aires

Zuleta, Estanislao (1985), *Educación y democracia un campo de combate*, Ed. Corporación Tercer Milenio & Fundación E.Z., Bogotá.